PEQUEÑECES

Nazar a 16 de mayo de 2017

Gerardo Luzuriaga

1

Un día de invierno de finales de la década de los 50 del siglo XX me trajeron al mundo en Nazar, en el Valle de La Berrueza, en Tierra Estella. Me tocó ser el sexto hijo de José y Cirila. Todavía detrás vendría otro hermano más. Con la familia vivían los abuelos paternos, Hermenegildo y Josefa, o mejor dicho nosotros vivíamos con ellos. Me vienen a la memoria anécdotas de los abuelos, unas vividas otras contadas por mis padres, hermanos y vecinos, historias grabadas con más realidad y fidelidad que las propias vivencias.

Al contrario que la mayor parte de niños y niñas nacidas en la ciudad, y que pasaban las vacaciones en la casa de los abuelos, a los del pueblo, habituados a vivir entre 20 casas, 4 calles, y 1 riachuelo no nos llamaban la atención los pájaros, los animales, los fuertes olores, el sabor de las frutas recién cogidas de los árboles.

Las imágenes de unas gallinas correteando con sus polluelos, una bandada de palomas caseras, unos cerdos hocicando en la hierba húmeda de los alrededores del riachuelo, o de la higuera de delante de la casa donde permanecía despanzurrado el perro en los días calurosos se nos pasaban inadvertidas, eran normales para los que vivíamos de continuo en el medio rural.

Sin embargo, tuvimos la ocasión de sorprendernos, hasta el punto de atemorizarnos con el contacto de la ciudad. Todavía recuerdo cuando fui por primera vez a Bilbao, tendría unos ocho años, a casa de mis tías Cipriana, Aúrea y Flora las cuales vivían en Bilbao. Porteras en la calle Iparaguirre, Ajuriaguerra (entonces Espartero) y Tristán de Leguizamón respectivamente. Grandes avenidas, casas altas con cientos de ventanas, ruido infernal de los coches, pitidos... Esto es lo que encontramos, ¿Cómo hacer cestas con estas mimbres?

2

El paso de los años me ha hecho ver que vivimos en un lugar estratégico, balcón de la Berrueza, como también pueden ser Asarta, Piedramillera o Mendaza. Ubicado en el extremo del pequeño valle, bajo las rocas blancas de la Sierra de Codés. A 750 metros de altura dicen los libros, y ahora también Internet que está el edificio del ayuntamiento.

El verano es riguroso y los inviernos fríos y duros. El aire, especialmente el Norte intimida a las pocas personas que transitan por sus solitarias calles. Pueblo ventorro, ¡Qué bien venía en otras épocas¡ en que se trillaba en las eras y la parva había que echarla con la ayuda de horcas y palas lo más alto posible para que el viento separase el grano de la paja.

No todos coinciden en esto y hay alguno (Juan Mari, José Miguel) que defienden qué las casas se encuentran bien resguardadas del viento y qué solo se siente en los alrededores, pero no en el casco urbano. Sin excesivo éxito, pues no hay semana que no haya alguien que se lo recuerde socarronamente.

3

Las dos hermanas mayores muy pronto salieron a servir a Bilbao, Sestao, Elorrio… a servir como se decía entonces. El quinto hermano murió a la semana de nacer. Navarra era una de las provincias en que más niños morían en el parto (o en los meses siguientes al parto), una provincia extensa y con medios de comunicación escasos; nuestro pueblo dista 80 kilómetros de la capital, Pamplona, y era el único hospital que existía. La señora Severiana atendía a todas las parturientas, por aquellos años el médico sólo aparecía cuando existía alguna complicación.

Mis dos hermanos mayores también emigraron a la ciudad, el mayor con 16 años subió a un taller de Elorrio, y el otro nada más acabar la mili se fue a Logroño; para entonces ya se habían forjado en todos los trabajos, sobre todo como peones de las casas pudientes, y también desde muy jóvenes contratados de pastores no solo en el pueblo sino también en los pueblos de los alrededores. Todos volvían en las fechas señaladas, nunca faltaron en Navidades. Mis hermanas durante unos años estuvieron yendo a Iparralde, entonces al Sur de Francia, como cuidadoras de colonias infantiles, para nosotros y también para el resto parecía que se habían ido a trabajar a otro planeta, y sus llegadas eran acogidas con entusiasmo.

Aparte del dinero que traían, una gran parte de sus maletas llegaban repletas de abundantes tabletas de chocolate francés, distinto al de aquí, bastante más duro y negro, todavía recuerdo el gusto y especialmente el placer que me daba sentir el crujir al partirlo con los dientes.

Tener unas hermanas mayores que trabajaban en Francia nos parecía algo especial. A los pequeños nuestras hermanas nos llevaban muchos años, a mí la mayor unos 15 años, ellas fueron las que trajeron a casa un molinillo eléctrico para moler el café, la cafetera, la máquina de coser Singer, y cientos de aparatos que no había en todas las casas. La máquina de coser tenía tres pequeños cajones, dos cuadrados en los lados y uno triangular que iba paralelo a la encimera, de este cajón es de donde mi hermano pequeño cogió unas píldoras para dormir y estuvo más de 36 horas dormido. Acudió el médico, don Antonio, también acudió el cura, don Javier. La preocupación y la tensión fueron grandes. Al final todo quedó en un gran susto.

4

Los libros de historia así describen el municipio: Antiguo lugar de señorío realengo, sus vecinos fueron autorizados por el rey Sancho el Sabio (1176) a poblar Los Arcos con el mismo fuero que los de esta villa. Sin embargo, siguió inscrito en Navarra cuando el partido de Los Arcos pasó a depender de Castilla (1463)… Compró al rey la jurisdicción criminal por 250 ducados y, consecuentemente, tuvo administración separada… Aún carecía de carretera entrando el siglo XX. Contó con un hospital, del cual existe constancia a fines del siglo XVIII.

El escudo es de color verde lo forma un un rastrillo atravesado por dos azadas en aspa y una hoz en la base, todos de plata, con los mangos de su color natural.

Copio la descripción hecha por la wikipedia, bastante desafortunada por cierto, (espero que se haga eco de lo expuesto por mí y otros): villa situada en la parte occidental de la Comunidad Foral de Navarra… El nombre procede de “Nsara” o “Nazaroei”, que significa “los que creen en las enseñanzas de Cristo”, que vino de Nazaret, esto es “No  
zri”.

Algunos opinan que significa “el que sierra, separa o corta”. Hay que tener en cuenta que en Nazar todas (las) casas (son) de piedra. (?). Lo que va entre paréntesis es mío.

También la palabra Nazar en hebreo significa “Elegido por él” o tal vez “el que seguarda así mismo”. Esto se debe a que los árabes habían llegado a las proximidades del pueblo, y levantando una torre de vigilancia, (por) este motivo y después con la llegada del cristianísimo habría tomado el nombre de Nazar o Naxar.

En junio de 2017 el Parlamento navarro aprobó el paso a la zona mixta mediante ley.

Algo más poética e interesante es la descripción que hace el Diccionario de Madoz, allá por 1840: Tiene 40 casas, inclusa la consistorial con cárcel y escuela de primera educación para ambos sexos, frecuentada por unos 40 alumnos, dotada con 490 reales fuertes de Navarra, iglesia parroquial dedicada a San Pedro apóstol, servida por un abad, provisión de la vecindad, dos beneficiados, 3 ermitas con advocaciones a Nuestra Señora de Loreto, el Cristo y Santa Lucía.

Para surtido de la vecindad se encuentran varias fuentes… El terreno es de buena calidad para la producción de cereales y regadío en parte con las aguas que sobran de la hermosa fuente…Se produce principalmente trigo, babas, lentejas, garbanzos, arvejas, avena, patatas, maíz, vino, legumbres, frutas. Se cría toda clase de ganado, pero especialmente vacuno, mular y caballar. La caza de palomas, perdices, codornices, liebre y conejo…

En el pueblo de Nazar y Asarta a principios de enero de 1834, la división del general Lorenzo, y las columnas de reino de Aragón a las órdenes de don Marcelino Oraá, atacaron a los carlistas mandados por Zumalacarregui, más por fin fueron vencidos, la pérdida en ambas parte fue de bastante consideración.

Hasta aquí lo que dicen unas fuentes documentales. También existen otras fuentes más cercanas y que tal vez estén más acertada; pero el que ha hecho la entrada en la wikipedia (me imagino quién ha sido) ha optado por caminos más lejanos.

Nazar, en árabe es una palabra muy común, que la podríamos traducir como piedra contra el mal de ojo, es un amuleto que está destinado a proteger contra el mal de ojo. La palabra deriva del árabe que puede significar “vista”.   
No negamos el origen árabe, es obvio y evidente, también es usado en el libanés, armenio, maltés, hebreo e indio, por lo que hemos podido indagar; pero teniendo en cuenta que antes que llegasen los árabes es fácil que ya existiese la población de Nazar, ubicada en el mismo lugar en que se encuentra en estos momentos ¿por qué no ir a las fuentes euskéricas?

NAZA, en el diccionario vasco significa. 1. Cauce del molino 2. Estanque. Si este término fuese común en el euskera no habría mucho más que hablar, lo que ocurre es qué es un término que principalmente se usa en Iparralde. Puede ser que antes se hablase en todo el territorio y solo haya quedado para la zona norte, pero ya tenemos un problema.

NASA, significa 1. Puerto, embarcadero, muelle. 2. Andén. 3. Nasa

NAZAR. Los diccionarios etimológicos la relacionan con la lengua vasca y la relacionan con 1. Sasia (zarza) 2. Zaharra (lugar antiguo)

NAZAR. La enciclopedia Auñamendi tal ve dé con el verdadero significado. Se trata de una abreviación de "Donazar" de "Don" (Santo) y "zar", (Viejo). Santo Viejo.!Qué santo más viejo que San Pedro¡, patrón del pueblo. A mí esta es la que más me convence, ZAR (viejo), en el uskerara batua zaharra. Una referencia anterior a los árabes del término Nazar en Navarra acabaría con todas las suposiciones. Árdua tarea, pero no imposible. Casualmente no hace mucho me he encontrado en una escritura notarial del siglo XIX con el término oyagazu, término que ya ha desaparecido del habla, nadie del pueblo lo identifica y ha sido sustituido por las herrerías, pero que todavía en el siglo XIX aparecía en los documentos  
.   
Antes que acudir a la terminología árabe es más lógico acercarse a la terminología vasca. Sabemos que en tiempos ya pasados fue la lengua de la zona, y todavía nos quedan ciertas palabras de aquellos siglos. Entiendo que los fundadores de Nazar son anteriores a la llegada de los árabes y que el nombre de Naçar, Nassar existía anteriormente. ¿No os parece extraño que el único nombre árabe de los pueblos de los alrededores sea Nazar? ¿Y que la mayoría de los pueblos tengan una etimología clarísima vasca? Otiñano, Ubago, Mendaza, Acedo, Asarta…

5

El abuelo Hermenegildo fue un hombre de armas tomar. De genio endemoniado. Fuerte y con nariz exagerada que es la herencia que nos ha dejado a la mayor parte de los carboneros. Según cuentan él fue el que provocó el fuego de la parzonería de Mataverde por mandato del alcalde.

Carbonero de profesión, nació en Ancín. Luzuriaga Luzuriaga eran sus dos primeros apellidos. Nuestro apellido Luzuriaga, por lo menos desde que existen los libros de bautismo allá por 1500 hasta la generación anterior han vivido en Ancín, las mujeres eran también de Ancín o de los pueblos cercanos, siempre había pensado que la procedencia del apellido sería bien del pueblo alavés Luzuriaga o que tendría su origen en Gipuzkoa, dónde existen bastantes Luzuriagas (pero cuál fue mi sorpresa cuando indagué en los libros parroquiales de Ancín, y allí han permanecido desde que se tiene noticia escrita hasta el siglo XX).

En Nazar de fijo ya no quedamos ningún Luzuriaga, todos hemos emigrado en busca de trabajo a otros lugares.

El apellido Luzuriaga de esta rama está en peligro de desaparecer, de la anterior generación tan solo quedamos con el primer apellido Luzuriaga, los cuatro hermanos, hijos de José, el tío Cesáreo tuvo dos hijas. De los hijos de los cuatro hermanos solo uno ha tenido un hijo, el resto también han sido hijas, por lo que tan solo un varón conserva como primer apellido Luzuriaga, Jon Luzuriaga. Tampoco tiene una importancia vital que un apellido desaparezca; aunque hoy en día eso puede evitarse fácilmente, pues cualquier mujer puede poner a sus hijos como primer apellido el suyo, aunque teniendo en cuenta que pertenecemos a una familia bastante tradicional no veo muy sencillo que ninguna sobrina o hija ponga como primer apellido a sus hijos.

Hermenegildo hasta casarse con Josefa anduvo por los montes navarros cociendo carbón y durmiendo en las chozas que los mismos carboneros construían. Años y años estuvo recorriendo los montes navarros, muchas temporadas se trasladó a los Pirineos. Pocos tenían su fuerza y maña para cocer y sacar el carbón. Con el matrimonio cambió la profesión de carbonero por labrador como lo demuestran las pocas fotografías (dos) que nos han llegado, la primera montado su caballo rojo por las calles y la segunda sentado a la fresca con su esposa después de una dura jornada en el campo.

Se amoldó bien al pueblo pues se encontró con un boscoso monte milenario de encinas, robles y alguna haya en la muga del puerto con Kanpezu, bosque que fue talado para poder construir la carretera que une Mendaza con Nazar. ¡Qué mejor para un carbonero como él¡ Hoy contamos con un monte extenso de encinas y robles jóvenes ahogados por los arbustos y maleza que crece casi con tanto vigor como el arbolado. ¡Se echa en falta el ganado que pastaba en la época del abuelo¡ y también aquella necesidad de madera que hacía que los vecinos aprovechasen hasta las últimas astillas.

En este siglo XIX también se roturaron zonas de bosque convertidas en tierras fértiles para la labranza. No le faltó trabajo a este aguerrido leñador y tampoco al resto de hombres del pueblo.

6

El Diccionario Geográfico-Histórico de España, que comprende el Reyno de Navarra, Señorío de Vizcaya, y Provincias de Álava y Guipúzcoa, publicado por la Real Academia de la Historia el año de 1802, entre otras cosas dice que parece que en el apeo de 1366 lo que hoy denominamos Nazar se llamaba San Pedro y tenía entonces dos fuegos pudientes. No he querido poner esto donde le correspondía para no hacer el capítulo excesivamente largo y especialmente para no confundir a los lectores, pues lo que está claro es que ya en el siglo XII aparece en los documentos Naçar, Nasar, Nasarre (también en otro momento expondré los documentos sobre Nazar del Archivo ´General de Navarra ya publicados).

Lo recogido en el Diccionario Geográfico-Histórico me viene muy bien para defender la teoría de que Nazar proviene del término en euskera de Donazar, santo viejo, ¿y qué santo más viejo que San Pedro? Es fácil que durante siglos se usase el nombre en euskera (Donazar) y con el tiempo pasase a denominarse también San Pedro, aunque también puede ocurrir que hubiese alguna otra población cercana ya desaparecida que se denominase San Pedro. Los despoblados en la zona son muy corrientes, Estemblo, Disiñana, Burguillo y hasta el mismo Cábrega.

Pero ahora nos toca hablar del Odrón. Los mapas dicen que el río Odrón, afluente del Ebro, nace en Nazar (aunque en Otiñano dicen que no, que ese mapa es erróneo y que el río Odrón es otro, un río paralelo que nace y trascurre por el término de Otiñano), según este mapa y también algún libro que he consultado al río Odrón lo hacen nacer en la Parzonería de Mataverde, y es así por tanto que le corresponde a Nazar la presidencia vitalicia (a finales del siglo XIX, allá por 1890 se declaró un incendio en estos terrenos y tan solo acudieron a apagarlo los nazarenos, aunque también cuentan las malas lenguas que el incendio había sido provocado por el alcalde de Nazar) es lógico que los libros den como lugar de nacimiento a Nazar.

Se trata de un riachuelo, con un caudal escaso, los últimos veranos no es extraño verlo casi seco; sin embargo de gran importancia estratégica para el valle, pues ha hecho posible la existencia de varios molinos, huertas y dónde hemos cogido cientos de cangrejos, berros y alguna que otra rata de agua. Su curso corre por términos sin habitar, atravesando los campos de Nazar, Otiñano, Mirafuentes, Ubago, Sorlada. Sin embargo en Mues y en Los Arcos pasa por medio del pueblo.

En la gran crecida de enero de 2015 por su paso por Los Arcos murió ahogado un hombre de 70 años al quedar atrapado en la furgoneta que había caído al cauce.

Por el pueblo, por Nazar no pasa río, ni riachuelo alguno, hace unos años atravesaba las calles un redajo, visible tan solo en la Picota, dónde competíamos por hacernos un espacio los chiquillos y los cerdos sueltos que iban a revolcarse entre el fango. El lugar dónde pasábamos las horas era la fuente, el abrevadero y los pozos de lavar la ropa.

El agua corriente y la luz eléctrica llegaron a las casas unos pocos años antes de que yo naciera. Pocas casas tenían más de dos bombillas, y menos todavía las que contaban con baño; por aquellos años la electricidad se pagaba según el número de bombillas que se instalaban y también por los kilovatios consumidos.

El agua era un bien muy preciado. La fuente cuenta con dos caños para consumo humano, un pilón para abrevadero de los animales, un pozo para lavar la ropa, y por fin el agua no consumida se recogía en otro pozo para regar las huertas. El agua ha sido y es un bien muy valiaso y estimado.

Nazar villa de abolengo, hoy venida a menos, 45 vecinos estamos empadronados, aunque todavía conservamos ayuntamiento propio. Todavía hoy vamos por el mundo como vecinos de la villa de Nazar, comparándonos por lo menos en el título con la ilustre villa de Bilbao.

El terreno agrícola más estimado y con mejores cualidades cercano al pueblo sigue denominándose La Villa.

Existe en Zamora muy cerca de Benavente la población de Villanázar, con acento en la segunda a. No hace mucho me puse en contacto con la alcaldesa de dicha localidad, Margarita Anta, la cual me acogió de buen agrado visitando los pueblos de Villanázar y Mózar. Convencido estoy que el fundador de Villanázar allá por los siglos XII o XIII era un nazareno que emigró hacia tierras castellanas en busca de un futuro más próspero, que sin duda lo logró.

Estas tierras arrebatadas a los moros se quedaron despobladas por lo que se tuvo que echar mano de gentes del norte. Muchos fueron los segundones que aprovecharon esta oportunidad. Le comenté todo esto a la alcaldesa de Villanázar y Mózar, aunque no creo que se quedase muy convencida, y tampoco creo que le hiciese una ilusión especial pensar que sus ancestros proceden de pobladores vascos.

Sin embargo por extraño que pueda parecer no es nada ilógico que Villanázar fuese fundada por un nazareno, veamos lo que ocurre con Espinosa de los Monteros, y esto sí que está probado históricamente. Espinosa de los Monteros es una población de Burgos que limita con Cantabria. Dos vecinos del Valle de la Berrueza, no sabemos el pueblo concreto, Martín Ruiz de Berrueza y su hermano allá por el siglo XI refundaron Espinosa de los Monteros. Alfonso VI de Asturias una vez expulsados los árabes dio permiso a los hermanos Ruiz para poblar la zona y es así como Martín fundó y repobló seguramente con gentes de La Berrueza el barrio alto de Espinosa y le denominó Berrueza.

Igualmente tenemos otro caso en el que estamos investigando, se trata de Gabriel Acedo de La Berrueza, que sabemos que nació a finales del siglo XVI en Jarandilla de la Vera, provincia de Cáceres, sacerdote, poeta y escritor, el cual dejó un libro impreso que lo dedicó a su familiar cercano, Diego de Acedo seguramente tío o abuelo, propietario del palacio de Acedo. Gabriel como buen emigrante añadió Berrueza al apellido para reivindicar la procedencia noble y también para que con el tiempo se supiese de que familia procedía, algo que por desgracia no hizo o no nos ha llegado el fundador de Mózar y Villanázar.

En cuanto al acento de Villanázar, en Nazar, no lo lleva; pero por mucho que nos pese a los actuales nazarenos, no es extraño que esta forma de pronunciarlo no sea la que fue hace cuatro o cinco siglos; pues tan solo se pronuncia Nazar en la zona de la Berrueza, vayas dónde vayas, siempre dirán Názar.

VII

El hijo mayor del pastor (que había llegado al pueblo recientemente de Soria), que andaba descalzo y con pantalones llenos de petachos, cogió una piedra y se la tiró a un gato negro tuerto, no antes de echarnos una mirada desafiante a los que estábamos al otro lado de la calle, el gato antes de que la piedra saliese de la mano de un salto se escondió en el zarzal junto al camino.

Los tres niños, que todavía no teníamos edad para ir a la escuela, estábamos jugando al hinque en un lodazal de al lado del frontón, cuando de repente oímos el chirrido del carro de bueyes de Ceferino, que subía por la cuesta del carbón. Todos a una dejamos los hinques y nos acercamos corriendo al carro. Felipe, no sin gran esfuerzo, logró subirse al carro, y poniéndose a pie juntillas logró llegar a lo alto de las camportas, sacando cinco hermosos racimos de uvas, y uno a uno nos los fue echando desde el carro. En un santiamén se tiró del carro, sin que Ceferino que iba delante de los bueyes se diese cuenta de nada.

Grano a grano fuimos dando con las uvas. Cuando estábamos en esas se nos acercó la mujer de Ceferino a echarnos la bronca, que había visto todo desde lejos. Cualquier día de estos os va a suceder una desgracia, nos reprendió la mujer vestida de negro, con un pañuelo oscuro tapando el moño de la cabeza. Sin hacerle excesivo caso, nos encaminemos hacia la escuela a esperar a que saliesen los niños mayores al recreo.

No pasaron más de cinco minutos cuando se oyeron las pisadas y las carreras de los niños escaleras abajo. Félix fue el primero en salir, como si le faltase el aire para respirar. Pasado el recreo, volvieron a subir las escaleras oscuras de la escuela, y nosotros fuimos a intentar buscar los gatos recién nacidos a la casa de Pedro.  
  
La casa de Pedro era grandísima. La fachada principal tenía dos puertas de entrada, una para la casa y otra para el corral. Contiguos a la vivienda había tres pajares y otro corral, con puertas exteriores. A decir verdad, no sabíamos por dónde empezar a buscar; ya que los gatos aunque normalmente vivían en las dependencias habitadas, a la hora de tener las crías buscaban lugares fuera de nuestro alcance.

Probemos en el pajar donde se guarda la trilladora, dijo Pedro. Tras una búsqueda de más de una hora por todos los rincones de la casa y los pajares, nos dimos por vencidos, ya que antes de que nuestros hermanos llegasen a casa lo debíamos de hacer nosotros. Al salir a la calle nos dimos cuenta que nuestra ropa estaba completamente sucia, aunque intentamos sacudirnos los unos a los otros, a más de uno nos castigaron sin salir por la tarde.

Llegamos a casa antes que nuestros hermanos. Ya teníamos asignadas las labores cotidianas: llevar las vacas al abrevadero, limpiar las cuadras, bajar agua fresca de la fuente, traer la paja para las camas de las vacas, subir las berzas del huerto para los cerdos, a mí me tocó poner la mesa. Para cuando llegó nuestro padre, ya estábamos todos en la mesa, también los abuelos, ya que nuestra madre los había traído de la sombra donde habían estado sentados casi toda la mañana.

Después de comer salimos todos los hermanos a la carrera, a la madre ya se le había olvidado el castigo que me había puesto antes de comer. Para entonces nuestra madre ya tenía la cabeza en otros asuntos.

Felipe, Gerardo, y Pedro seguimos buscando los gatitos. He andado vigilando a la gata, nos dijo Pedro, pero que sepáis que los gatos son bastante más inteligentes que las personas. Ya sabéis que cuando barruntan algo, son capaces de llevarse los cachorros al monte, me ha dicho mi padre que no es la primera vez que lo ha hecho. ¿Bueno, que os parece si miramos en el granero?  
  
Era una gozada andar revolviendo en el granero de Pedro. Los graneros guardaban los secretos de las casas. Allí estaban bien guardadas las ropas viejas, camas antiguas, utensilios pequeños en desuso de la labranza, cencerros, collares... los chorizos y las morcillas colgadas en las latas, las tinajas de lomo y chorizo en aceite... allí también se guardaba el grano... También estaba el horno... Para cuando nos quisimos dar cuenta, los hermanos de Pedro ya habían llegado de nuevo de la escuela, con lo que cada uno nos fuimos lo antes posible hacía nuestras casas.

8

La casa es de construcción recia, de gruesas paredes de piedra, y maderas de roble (por desgracia cuando hicimos la reforma toda la madera fue sustituida por vigas modernas de cemento). El edificio es un rectángulo de unos quince metros por diez, en la actualidad existen tres viviendas; pero a lo largo de los siglos la división de las viviendas ha sido muy variada, no hace falta más que picar el yeso de las paredes para encontrarnos con puertas tapiadas, la distribución de las viviendas a lo largo de los siglos fue diferente. Sin duda las herencias han hecho variar de forma continua los medianiles de las casas. La altura de la casa es considerable, de unos 10 metros, con tres pisos, la zona baja para las cuadras, la mediana para la vivienda y la tercera se usaba de granero y trastero.

La puerta daba a la calle principal, rara vez se cerraba con llave. Se accedía a una pequeña cuadra, donde conocí un burro, dos vacas y el cerdo para la matanza, unas escaleras daban acceso al pasillo, donde había una honda alacena donde se guardaban de una manera desordenada hachas, martillos, cuñas… también había colgado un espejo, ya antiguo para aquella época, que seguramente era herencia de generaciones anteriores, el cristal del espejo estaba ya muy desgastado, recubierto con un cuero que seguramente era de vaca.

De este pasillo se llegaba por una parte a través de una puerta preciosa de roble pintada de verde a una espaciosa cocina nueva que daba a la fachada de la calle. Una mesa amplia, un precioso armario de dos cuerpos con un espacio en el centro, y una cocina económica con un depósito incorporado para el agua caliente, el cual había que rellenarlo con una cazuela y había que sacar el agua a cazos. es todo lo que había. De aquí se pasaba al cuarto de los padres, amplio, también con una ventana a la calle, lo único que recuerdo es el orinal de debajo de la cama.

Quiero acordarme de una conversación de mis hermanas con sus amigas en esta misma cocina, estaban Begoña, hija de Moisés, que habían emigrado a Sestao, Lourdes y tal vez alguna amiga más. Puse todos los sentidos, el tema era sobre sexo, novios, píldoras… se me quedó grabado para siempre ese momento, creo que no entendí muy bien sobre lo que hablaban, quiero pensar que en otros momentos he tenido más detalles de lo que hablaron, estoy seguro que sí, pero que con el tiempo los hechos se han desvanecido.

Desde el mismo pasillo una cortina separaba la cocina vieja, un espacio oscuro, sin ventilación y sin luz, con paredes negruzcas del humo, nunca se pintaron. Este era el lugar preferido de la familia, especialmente en invierno, aquí es donde escuché todos los recuerdos, anécdotas del pueblo que quedan en mi memoria. Una gran chimenea que llegaba hasta el techo ocupaba casi la mitad del espacio, un fuego bajo con dos chapas metálicas, una en el suelo y otra en la pared, con el grabado de un caballero con lanza, un gancho que colgaba de la chimenea, una caldera, y dos sillas pequeñas eran todos los objetos que había. De aquí se pasaba a otra habitación amplia con dos camas, con el suelo completamente irregular, hasta el punto que el desnivel podía ser de hasta 10 centímetros. La habitación no tenía más que un pequeñísimo ventanuco, por el que en invierno entraba el frío y las ventiscas, ya que daba al norte. Este cuarto era multiusos, denominado vulgarmente el cuarto de amasar el pan.

No existía libro, ni papel alguno de lectura, la enciclopedia que usábamos en la escuela allí se quedaba, tampoco traíamos nada a casa. En los años de juventud un solo libro llegó a la casa fue un cuento ilustrado que le regaló Caya Montoya que vivía en Estella a mi padre para mí, sería de sus hijas; yo todavía no sabía leer, pero recuerdo las ilustraciones con ensueño, aquel libro me hizo soñar, aunque pronto desapareció. Mis padres los pocos documentos que tenían los conservaban en un bolso negro, que guardaban celosamente debajo del colchón de la cama. Muy pocas veces se consultaban, allí se guardaban los papeles importantes. Cuando se consultaban se hacía con gran parsimonia, es que algo importante se estaba buscando, aunque muy pocas veces aparecía lo que se quería encontrar. Allí aparecían siempre los mismos documentos, unas escrituras amarillentas con alguna hoja rota por la mitad, alguna factura, algún papel del médico, algún otro papel suelto y una esquela. Nuestro padre siempre que revolvía esta carpeta acababa enfadado pues decía que se habían guardado papeles que no venían a cuento, y el que buscaba nunca aparecía.

Un gran escalón de unos 40 centímetros daba acceso a la puerta y las escaleras del granero. Este escalón era un calvario durante todo el año, pero especialmente en la época de la cosecha, pues había que subir el grano en sacos y dar este paso suponía un gran esfuerzo, especialmente para los extraños que no lo conocían. El granero era un espacio abierto, sin paredes interiores. Había tres alorines adosados a las paredes, uno pequeño para el trigo, y otros dos para la cebada y la avena. Los alorines son espacios cercados por una pared de unos 40 centímetros de alto para guardar el grano. Aparte de guardar el grano, era el desván donde se guardaban las camas turcas para cuando venían los parientes y ocupaban las camas habituales, los de casa éramos deslazados al granero, también se guardaban otros trastos y pequeños utensilios de la labranza, como el arca de los jamones, un arca vieja, que en los últimos años tenía la tapa de arriba sin sujeción, con lo que cuando se abría se resbalaba y se caía, o la tinaja de los chorizos y del lomo en manteca. Mi padre, tenía durante todo el año un par de palomas torcaces que las usaba para el paso de paloma y su caza a parado, caza con zumbel. Al tejado se accedía una especie de ventana vertical, la tronera, colocada en la zona más alta del tejado, el gailur.

9

No había bicicletas, ni balones, la televisión ni existía, nosotros mismos nos ingeniábamos los artilugios para pasar el rato: corronchas, silbos, tirabiques, trenes y tractores con botes de conservas de sardinas en aceite eran los juguetes preferidos, no nos hacía falta más que una punta para hacer un agujero y una cuerda para unir los botes y crear una locomotora con sus vagones, o un tractor con su remolque. Los botes largos de tomate y pimientos nos servían de zancos, con una punta hacíamos dos agujeros, le pasábamos unas cuerdas largas, hacíamos dos nudos, cogíamos las cuerdas con las manos y con ellos íbamos andando por las calles orgullosamente, hasta organizábamos competidas carreras entre los chicos y chicas (Félix, Gerardo, Alfredo, Maria Jesús, José Miguel, Javi, Pedro, Encar y Bego, en orden de edad).

El monte lo teníamos a dos pasos, pero nos estaba prohibido ir al monte y también acercarnos a la carretera. Eran los tiempos de los mantequilleros, el sacamantecas, el hombre del saco, el coco, y los morrocos. Hasta creíamos que una vez que se hacía la noche se caían los tejados. Tuvieron que llegar los veraneantes, mal llamados forasteros para quitarnos estos miedos y otros también.

En estas andábamos cuando Tere, que le faltaban pocos meses para cumplir los 6 años, la chica que me gustaba y que tenía la misma edad que yo, de un día para otro se fue con su familia y su abuela ya mayor Antonina a Sestao. Para entonces José Mari y Angelines ya se habían ido a Pamplona con sus padres Eloy y Milagros. Los años anteriores otras muchas familias habían vendido los animales y las pocas tierras que tenían y se fueron para las ciudades. Fueron años en que el pueblo se iba quedando sin vecinos.

Anhelábamos la llegada del verano, que es cuando los niños y niñas de las ciudades volvían a la casa de sus abuelos.

X

Al llegar a casa nuestra madre le dijo al hermano mayor, me ha parecido oír maullar a unos gatos recién nacidos en el rincón de la cocina vieja donde se guardan las escobas, al lado de la vieja alacena. Muy bien mamá, le respondió nuestro hermano, en cuanto traiga la paja para las vacas me encargo de ello. Pasado un cuarto de hora, apareció mi hermano con un saco de trigo vacío. Cogió los gatitos, los metió en el saco y salió de casa. Le seguí de cerca, sin que me viese, siguió hasta el cementerio, dio la vuelta por fuera, se escondió en la parte de atrás del muro, para volver de nuevo cinco minutos después con el saco vacío de nuevo.

A las ocho y media de la mañana nos despertó nuestra madre. El que nada tiene que hacer siempre dispuesto y el resto duerme que te duerme, murmuró mi madre al verme aparecer el primero en la cocina. Venga, vete ahora mismo a la cama. ¿Qué vas hacer toda la mañana con este frío? Lavada la cara en la fregadera, el pelo bien remojado, después de haber tomado un buen tazón de leche de cabra con sopas, y el pelo bien repeinado salieron para la escuela todos los hermanos y hermanas.  
  
¿Mamá cuándo podré ir a la escuela?

El año que viene, cuando cumplas seis años.

¿Tienes ganas, O qué?

No, no, que va.

Cogí las zapatillas, y sin atar salí corriendo a la calle ¿Pero a dónde vas tan temprano? Me gritó mi madre, cuando ya estaba en la otra esquina de la calle. Voy a llamar a Pedro. Ven aquí, todavía no estará ni despierto. En balde, ya no oía los gritos, ya para entonces había dado la vuelta a la esquina y había comenzado a subir la cuesta hacía casa Pedro.  
  
Cinco minutos después ya estábamos correteando con los corronchos y los ganchos por las calles. Cualquier obstáculo – una piedra, un palo, una huella de caballo, vaca o cabra- era suficiente para que el aro se fuese al suelo, y tuviésemos que engancharlo de nuevo.

La chabola era nuestra casa, todo el día andábamos de un lado para otro buscando aparejos para construirla.

Aquel día también, al igual que otros muchos nuestra hermana mayor se quedó en casa, y aunque no tenía más que 12 años y debería ir a la escuela, eran muchos los días que no podía hacerlo. Siguió al pie de la letra lo ordenado por nuestra madre. Ayudado por el bastón y por nuestro hermano mayor sacó al abuelo al cobertizo, desde donde controlaba todo lo que ocurría en la calle. La abuela, como si notase la falta de su hija, anduvo mucho más nerviosa que de costumbre, iba de un lugar para otro, repitiendo una y otra vez la misma frase. De vez en cuando se acercaba hasta la puerta del granero, la abría y ante la oscuridad que aparecía ante ella, volvía medio asustada de nuevo a la cocina.

XI

Aquella misma tarde nos enteramos de que Tere y su familia se iban del pueblo para siempre; nadie volvía si no era por vacaciones. La tristeza y la pena nos invadieron. Yo no me quiero ir, nos comentó Tere con las lágrimas en las mejillas, pero nuestra madre nos ha dicho que en este pueblo no tenemos porvenir alguno, que en la ciudad estudiaremos y seremos alguien en la vida. ¿Pero qué nos falta aquí? Tenemos de todo, somos felices... Todavía recuerdo ese día, estábamos jugando a médicos. Dejamos las vendas, las tijeras, el alcohol y el resto del material que teníamos entre manos para sentarnos alrededor de Tere e intentar consolarla.

La despedida y la marcha de Tere y su familia fue un gran golpe, y no creo que solo para nosotros. Recientemente seis niños de la misma familia habían dejado la escuela. El pueblo se iba despoblando, su ida nos dejó un gran vacío. Aquel día marcó nuestras vidas, aunque no fuese más que porque todos teníamos presentes que un día u otro nos podía ocurrir lo mismo, ese miedo vivió con muchos de nosotros durante la niñez.

¿Mamá, también nosotros nos iremos del pueblo?, le pregunté al día siguiente.

¿Tú también quieres irte, o qué?

No, no.

Tranquilo, hijo, por lo menos hasta que vivan tus abuelos no nos moveremos de aquí. Si hasta aquel día había querido a los abuelos, y los había cuidado, de aquel momento en adelante sus molestias y sus quejas fueron mi preocupación. Todos los días en las oraciones de la noche rezaba por ellos y por su salud. Y especialmente cuando rezábamos el rosario, siempre pedía a Dios por la salud de los abuelos. De todas maneras, la abuela presentaba una salud de roble, aunque de la cabeza no andaba bien; pero el abuelo además de tener una edad muy avanzada, pasaba de los 85, su salud estaba bastante resquebrajada.

La despedida de Tere fue muy triste, se acercaron los tratantes, se llevaron los cerdos, los primales y el caballo, a Ceferino le vendieron las dos vacas, y el burro. La mayor parte de las herramientas de labranza las compró el padre de Pedro, que también se llamaba Pedro, las gallinas y los conejos se las regalaron a un tío soltero que se quedó en el pueblo, las dos cabras se las quedó el pastor. Las camas y los muebles de valor los medio regalaron a un gitano de Logroño.  
  
Tere cogió el autobús entre sollozos, la hermana pequeña ni se enteró, no parecía que estuviese tan triste. No se llevaron más que cuatro cajas de cartón y dos maletas llenas a rebosar, atadas con cuerdas de atadora. Por lo que se ve todo lo que tiene valor en el pueblo en la ciudad no vale para nada, o algo así le quise entender a mi padre en una conversación con Ceferino. A Tere, le regalamos una pequeña piedra de yeso que cogimos en la yesera. Se la guardó en la mano, mientras se le resbalaban unos lagrimones por la cara. Nos hizo prometer que cuidaríamos de Lur, su perro blanco. Desde aquel día no se separó de nosotros, nos seguía a todos los lugares donde íbamos. Sin embargo, por las noches desaparecía para ir a dormir donde lo había hecho hasta entonces, en un cobertizo delante de lo que fue su casa.

12

En verano las pocas casas del pueblo se llenaban, estaban distribuidas en tres barrios, (el barrio de abajo, la calle de la fuente, y el barrio de arriba), en el barrio de arriba se encontraba el Cuarterón. Unas cuantas casas, construidas con recias y gruesas paredes como el resto; pero que se distinguían muy bien de las haciendas pudientes. Las casas del cuarterón no necesitaban ni cuadras para bueyes, ni granero, ni pajar; pues sus propietarios no tenían ni tierras qué arar, ni granos, ni paja qué almacenar.

Sin embargo, el pueblo es amplio y bastante extendido, pues las construcciones no están apiñadas sino que podríamos decir que están distribuidas en manzanas, algunas son individuales, las mínimas, que corresponden con las buenas haciendas. La mayoría son bloques de cuatro o cinco viviendas. Cada una tiene su propio tejado, es decir están adosadas unas a las otras. También existen cuadras, corrales independientes. Las puertas de las casas dan directamente a la calle, sin cercados ni vallas.

El nombre de Cuarterón le viene porque sus propietarios no no pagaban más que un cuarto de contribución.

En este barrio nací, aunque para cuando yo llegué al mundo, ya teníamos yugada de vacas, tierra y alorines para almacenar el grano (en algún otro momento hablaremos del origen de la palabra alorín, muchos se sorprenderán), y un pajar aislado de la casa.

A pesar de ser un pueblo pequeño, cada barrio tiene sus peculiaridades y su encanto. Yo con el tiempo he tenido la gran ventaja de haber vivido en los tres barrios. Con siete años me trasladé de la casa de arriba a la de abajo, que es dónde viví hasta los veinte tres. Recientemente me he trasladado al barrio de la fuente. Cada barrio tiene su encanto. Y aunque alguno no se lo crea existen diferencias entre unos y otros, y no solo climatológicas. En el barrio de arriba nieva bastante más y la capa de nieve se mantiene durante más tiempo, en cuanto al aire, y al frío no existe diferencia alguna.

La única ventaja del barrio Cuarterón era su cercanía al monte, y de él se extraían productos imprescindibles para las economías más pobres: bellotas, setas, leña para los hogares…

13

Demos paso a la descripción de alguna casa y de algún personaje ilustre. Son muchos y variados los edificios y personas destacables con que cuenta el pueblo. Algunos edificios ya han desaparecido, al igual que la casa del cura, de las pocas que contaba con baño, las casas caídas, la casa de la Severiana, partera del pueblo, o la casa de Aranaz. Nazar contaba con una preciosa escuela, que en épocas anteriores había sido escuela, cárcel y ayuntamiento. En cuanto a los personajes que he conocido son muchas las páginas y anécdotas a contar. Enfrente de la escuela vivía una familia muy especial, el Dios de Nazar. Un señor alto, rudo, de gran fuerza y cabezonería especial. Muy pocas veces lo vi bien rasurado y menos bien vestido. Casado con Valeriana, mujer de baja estatura, de cara redonda y de un nervio endiablado, nacida en Ganuza y que vivió los últimos años en la capital francesa con su hija Rosa Mari, donde había ido a trabajar en la juventud. ¡Quién le iba a decir que iba a vivir y menos morir en París!

En la casa también vivía Vicenta la madre de Ceferino que es así como se llamaba el Dios de Nazar, en su juventud dicen que fue una moza apuesta y delgada, pero desde que yo la conocí iba encorvada, y aun daba más impresión verla bajar del huerto con una gavilla al hombro, que es como la recuerdo yo. Según cuentan el Padre de Ceferino de un día para otro se fue del pueblo para no aparecer más, hasta tal punto que a Vicenta siempre la consideramos viuda. Con ellos vivía Juanito, el hijo pequeño un niño también de pequeña estatura con el pelo rizado, que ha vivido a caballo entre el pueblo y su ciudad de adopción Vitoria.

El padre de Ceferino (el que luego se marcharía para siempre y que ni el nombre recordamos) el día que nació Ceferino, lo sacó a la calle y lo envolvió entre la nieve, como parece que era costumbre de hacer en esa casa con los recién nacidos. Las andanzas de Ceferino fueron famosas en todo Navarra. El monte era su segundo hogar, cuando no el primero, no era extraño que pasase duras noches de invierno al acecho de cualquier animal. En una ocasión de una gran nevada no apareció en una semana por el pueblo, los vecinos preocupados salieron en su busca. Ni rastro. Apareció a los diez días como si nada hubiese ocurrido.

El caso es que Nazar ha contado con dos Dioses, a cual más importante y más poderoso.

Encima de la escuela, en la calle de arriba, nuestra generación ha conocido tan solo unas paredes derruidas y un precioso dintel de piedra de unos dos metros de largo y uno de ancho, es lo único que quedó en pie, era la entrada de la casa. Mi padre y los de su generación la llamaban la “del de la cara quemada”, Allí vivía un matrimonio ya mayor con una hija que era bastante visitada por los mozos del pueblo. Según parece la casa se hizo famosa por los fantasmas que vivían en el granero. Según otros no eran más que los mozos que la visitaban con asiduidad a espaldas de los padres ya de avanzada edad.

14

En verano eran más los veraneantes que los vecinos fijos. Todos los veranos llegaban los hijos de Jesús y Josefa: Mari Carmen, una niña con una melena rubia y larga (como casi todas las chicas de la casa Atxa), con los años bibliotecaria de la Universidad de Deusto, sus hermanos Luis Fernando y Mari Reyes. La memoria o lo que me queda de ella me hace recordar que a las fiestas importantes también se acercaban sus hermanos mayores, algunos de ellos sacerdotes. Tengo sus caras de aquellos tiempos, pero ni por casualidad sus nombres, aunque en más de una ocasión estuve en su casa en Pamplona acompañando alguno de sus primos.

La familia de mis abuelos, al igual que la mayor parte de las familias del pueblo fue numerosa, 6 hermanos lograron llegar a la edad adulta. Victoria y Paula que se casaron en Hernani y Lasarte, seguramente donde se trasladaron a servir desde muy jóvenes. Cesáreo, María y Rufina vivieron en Elorrio. Los tres se casaron en Nazar y tuvieron casa en el pueblo; pero también ellos, como muchas otras familias se vieron obligados a hacer las maletas y marchar a la ciudad en busca de una vida más cómoda. José se quedó para casa, como decimos por aquí y también heredó el apodo de su padre, el carbonero.

Desde tiempos inmemoriales en la casa solamente se quedaba el heredero, algún hermano o hermana soltera y el resto tenía que buscarse la vida lo mejor que pudiese. Las chicas salían pronto a servir, los chicos se quedaban más tiempo, no faltaba trabajo en los campos; pero una vez que un hermano se quedaba para casa, el resto se veían obligados a emigrar. Los seminarios están llenos de curas y monjas de esta zona. En una época anterior los segundones poblaron las tierras castellanas que los árabes dejaban despobladas, desde el siglo XV cuando partieron los primeros navegantes hacia América hasta hoy han sido muchos los nazarenos que decidieron irse para América en busca de nuevas tierras y nuevos negocios, dejando atrás todos los recuerdos del pueblo y de sus familias. Recientemente descendientes de las familias Zudaire y Lander nos han visitado desde Argentina, Graciela Modesta Zudaire, y Ana María Lander han vuelto estos veranos a reconocer el pueblo de sus padres o abuelos, recordando con orgullo y alegría lo que una y mil veces les oyeron contar con tanto entusiasmo a sus antecesores.

Nuestros apellidos son comunes por las Américas: Landa, Atxa, Bujanda, Luzuriaga, Carlos, Ibarrola… y también casi todos los pueblos del valle tienen sus homónimos por aquellas tierras. Muchos fueron los que cambiaron su apellido por el nombre del pueblo: Otiñano, Mirafuentes, Ubago, Mues, Sorlada, Piedramillera, Mendaza, Acedo, Asarta, Nazar son comunes en los países de America del Sur y Central.

15

Los cochos (cerdos, cutos, marranos llamados por otras zonas), fueron fuente de riqueza en las familias. Una cocha podía alimentar tantos cochinillos como tetas tenía, lo normal eran camadas de ocho a doce. Los animales de pocas semanas son preciosos, el que no haya visto un cerdito joven, nunca se podrá imaginar la belleza y el colorido rosáceo de estos animalitos. Casi todos los animales de jóvenes son preciosos, a excepción de los ratones, y los pájaros que son horrendos, el resto tienen un encanto especial que van perdiendo conforme van creciendo.

En nuestra casa cuando una cerda iba a parir era un acontecimiento, y una preocupación pues por todos los medios debíamos de evitar que las cerdas pisasen a los cerditos, en ello nos iba la subsistencia familiar. Permanecíamos al lado de la pocilga en relativo silencio para no molestar a la madre, y estar atento a sus movimientos y a la de los gorrines (cerditos), que no paraban de correr de un lugar para otro. Había madres muy cuidadosas que se tumbaban con gran miramiento, era impensable que cazasen a los recién nacidos; sin embargo, había otras más alocadas, que no reparaban en nada, se tumbaban de golpe, con lo que era fácil que algún pobre animalillo quedase medio atrapado o atrapado del todo.

Había costumbre de cortarle los dientes a los recién nacidos, labor que no nos gustaba a nadie, pero que era aconsejable para que la cerda no sufriese a la hora de amamantar a los cochinillos y estuviese más tranquila.

A la hora de amamantar la cerda emitía una especie de ronroneo, me comenta Alfontso que en su casa se decía rayada e inmediatamente se tumbaba lateralmente, a la vez que cada cerdito accedía a la teta que le correspondía, siempre a la misma, aquí si era importante el orden de nacimiento, ya que las tetas de adelante tenían más leche que las traseras.

16

Eran habituales las visitas de parientes de la ciudad. Sin embargo, desde que yo tengo uso de razón, ya cuando los abuelos habían fallecido, no recuerdo más que a Cándido, una de las pocas personas junto al tío Valentín, que pasaban largas temporadas en nuestra casa, Cándido sufría de los bronquios, venía en busca de un clima más apropiado que el de sus tierras guipuzcoanas.

Suegro de Antonio, sobrino de nuestro padre. Vestía con americana y camisa blanca, de hablar pausado y elegante, no decía ni una palabra mal sonante, (pecados o blasfemias como decimos por aquí), inusual en nuestro habla donde de tres palabras dos eran inapropiadas. Su tono de voz y entonación era muy diferente al que estábamos acostumbrados.

Natural de San Sebastián, repartía sus estancias entre los hijos e hijas, alguno de los cuales vivía en Estados Unidos, donde acudía asiduamente. Su llegada era bien acogida, pues venía con maletas repletas de ropa. Lo último que recuerdo es una chamarra de cuero negro de las que no se veían por estos lugares, y unas camisetas para el verano con imágenes inconcebibles (para nosotros) de colores vivos, con un tren que circulaba en el espacio por unos raíles invertidos, la estación era un globo terráqueo.

Aprendimos mucho con sus conversaciones, nos acompañaba a los niños a cazar pajarillos con liga, con cualquier palito cogido en el monte, y con unas cuerdas nos preparaba preciosos juguetes.

Con él es con quién conocí y aprendí a valorar los alrededores del pueblo, especialmente las fuentes, por aquellos tiempos tan necesarias y abundantes. Donde los segadores se sentaban alrededor de los manantiales para refrescarse. Las fuentes surgían por cualquier lugar, debajo de un chopo en cualquier rincón de cualquier pieza. Estas aguas abastecían a Asarta, Piedramillera y hasta Los Arcos llegaban canalizadas las frescas y cristalinas aguas de las estribaciones de la Sierra de Codés, y Costalera.

Nadie se pregunte a qué se debe que se hayan agotado, que hayan desaparecido. Algo hemos tenido que ver los humanos con las ansías de conseguir el máximo beneficio en el mínimo tiempo. Algo tendrá que ver que estén bombeando agua de los acuíferos de los alrededores del Ega en el Valle de La Berrueza.

Con mi tío Cándido, que aunque no era familia de sangre así lo llamábamos, recorrimos las balsas, estanques, pozos negros y cientos de fuentes con nombres propios de aguas cristalinas y frescas. Así es como conocí Jurda, debajo de dos chopos alargados, en el término de Mataverde, Balsarroya, el Cabezo, el Chorrón, las Vallejas, Fuentelateja, Fuentejuana, la Fuentilla, Pozonegro, el Reguillo, Fuentelavilla, Manalagua (Manauro) así aparece en algún escrito. Cándido murió bastante joven atropellado por un coche en una avenida de San Sebastián.

Tuvieron que pasar varios años para llegar a conocer las dos fuentes más enigmáticas de la zona. Fuentes Altas, tendría unos 9 años cuando subí con mi padre en busca de setas acompañado del burro que por aquellos tiempos teníamos en casa. Recuerdo que volvimos con las alforjas llenas de pardillas y plateras, que luego nuestra madre embotaba para todo el año. Fuentes Altas se encuentra en la zona del hayedo de la Dormida, debajo de Costalera en el término municipal de Santa Cruz de Campezo. Una fuente bien encauzada, que mana a gran altura como su nombre deja en evidencia, los alrededores merecen una visita, muy cerca del manantial hay dos tejos de grandes dimensiones y de gran antigüedad.

Y ya bastantes años más tarde tuve la oportunidad de visitar la Fuente de los Nenes. Tendría unos 13 años, cuando acompañé a los mozos algo mayores que yo hasta este lugar. Fuente que está ubicada en lo alto de las peñas de la Sierra de Codés; pero que por su belleza y notoriedad destaco en esta descripción. Es una fuente que mana a gran altura y que es preciso trepar bastante peligrosamente por unas clavijas que ascienden al manantial.

XVII

A últimos de abril, principios de mayo llegan las cardelinas (jilgueros) a La Berrueza, en junio las bandadas de cardelinas, normalmente de diez a quince pajarillos se posan en las zarzas, hierbas, plantas, flores y especialmente en los cardos en flor, de unos dos metros de altura, para los que no los distingáis, especies de  alcachofas de filamentos morados muy atractivos visualmente y con unas púas afiladas. De la palabra cardo le viene el nombre a la cardelina (Carduelis carduelis), pajarillos que se posan suavemente en las flores de los cardos, especie de pelusilla blanca, con el pico libran las semillas con las que se alimentan, muchas son las semillas, conocidas vulgarmente como “abuelos” que con el picoteo quedan libres, el viento las lleva de un lugar para otro hasta posarse en la tierra, donde surgirán otros cardos que serán alimento de las cardelinas que llegarán de nuevo al año siguiente.

La cardelina es un pájaro precioso, de un volar rápido de colores vistosos y llamativos. Pico blanco, cocorota negra, alrededor de los ojos y en la papada destaca el rojo chillón, pecho y parte de la cabeza blancas, espalda marrón, la cola negra, las alas son de color amarillo vivo, lo cual especialmente en el vuelo lo hace uno de los pájaros más vistosos del verano.

Los veranos son calurosos, por lo que los nogales y las higueras del pueblo son apropiados para tomar la sombra. El abuelo se encuentra cómodamente sentado en una silla, medio dormido bajo los rayos del sol difuminados por las espesas ramas del nogal de enfrente de casa. De vez en cuando parece que la hoz que está afilando se le cae de las manos, la piedra de afilar la tiene encima de la boina posada en una piedra de alado. De vez en cuando las rápidas carreras de los vencejos (gaviones) en celo o el canso revoloteo de las moscas o algún que otro abejorro lo despiertan y le hacen abrir los ojos. Ayudado por los lejanos cantos de las cardelinas se adormece de nuevo. El aire fresco del viento le acaricia la cara, el tiempo no pasa para él, parece que se hubiese detenido a las doce del mediodía con el sopor del calor de verano, el vuelo raso y rápido de los gaviones lo despiertan de nuevo.

18

Los labradores, especialmente los que labraban y sembraban pocas tierras, porque pocas tierras tenían, estaban expuestos a cientos de contratiempos. Una tormenta, el granizo, la sequía, una mala cosecha hacía que el año se hiciese más largo de lo acostumbrado. No era una vida fácil. La simple pérdida de cualquier animal hacia que la paupérrima economía familiar se derrumbase. No existía lujo alguno, se vivía el día a día, pocos productos se compraban fuera, algo de pescado (lucio, barbo, madrilla o potas) para cumplir con la vigilia de los viernes, algún bacalao seco para tenerlo colgado en el granero, para salir del paso cuando llegaba alguna visita, y las especias para la matanza son todos los alimentos que recuerdo que se comprasen en nuestra casa.

Muchas son las historias y las anécdotas de este tipo oídas a mis padres alrededor del fuego bajo de la cocina vieja, en las noches eternas del invierno, mientras nos asábamos por delante y las espaldas se nos quedaban heladas. La cocina vieja no tenía puerta, tan solo una manta vieja hacía de cortina.

Recuerdo como nuestro padre contaba el año en que perdimos toda la cosecha, pues al trigo, y por entonces casi todo se sembraba trigo, algo de cebada y algo de forraje para el consumo de los animales de casa, le entró “la niebla”, una enfermedad que hizo que las espigas no granasen, con lo que a la hora de trillar no se recogió ni simiente para el año siguiente. No existía seguro, con lo que tuvimos que empeñar lo poco que teníamos para subsistir.

19

En otra ocasión, sería por los años 1950, en plena postguerra, momentos en que cualquier vaivén económico hacía que la familia se plantease dejar el pueblo, vender las pocas tierras de la familia y tomar el camino de la industrialización, cuando vendimos diez tetones, cerdos que se tenían durante un año engordando en las casas para luego venderlos a un buen precio. Convenimos la cantidad con el tratante. El trato se cerró sin complicaciones, nuestro padre estaba contento. Debíamos de bajar los cerdos a Mirafuentes, el pueblo de alado, desde donde saldría un camión con otros cerdos comprados en Otiñano y Mirafuentes. Y desde allí se llevarían a la plaza de Santiago de Estella, donde el tratante los vendería a bastante mejor precio que el que nos había pagado a nosotros. Aquella mañana todos los de casa se levantaron pronto, antes que amaneciese, los cerdos tenían que estar en Estella antes de las 8 de la mañana. Los dos hermanos mayores y nuestro padre los sacaron de la pocilga, los cerdos estaban limpísimos, su piel relucía, y no sin gran trabajo, con la ayuda de los dos hermanos pequeños penosamente atravesaron las calles del pueblo, padre delante, y el resto a los lados por detrás; no sin varias carreras de los cerdos que se iban para todos los sitios menos para donde debían, salieron del pueblo y tomaron el camino hacia Mirafuentes. Una vez llegado a este punto todo fue bastante más sencillo, los dos hermanos pequeños se volvieron a la cama.

No habíamos recorrido ni un kilómetro cuando un tetón (cerdo grande, también llamado primal) cayó desplomado en mitad del camino. No respiraba. Allí cayó muerto. Conocido por todos era que los cochos ya de unos años, no acostumbrados a salir mucho de sus pocilgas, a nada que hacían el menor esfuerzo, correr o agobiarse por cualquier circunstancia, especialmente los días de calor, era fácil que les diese un ataque al corazón. Pero no era este el caso, eran cerdos jóvenes, y todavía no había ni amanecido. No habían dado ni cincuenta pasos más cuando otro cerdo cayó seco. Al final llegamos a Mirafuentes con cuatro cerdos. ¡Menudo desastre! ¿Cuántos llegarían vivos a Estella?.

Pronto supimos la causa, el día anterior en vez de darles el pienso de todos los días, harina de maíz y cebada, mezclada con bastante “salvao”, les dimos harina, con la intención que en el mercado de Estella los cerdos de Nazar destacasen y estuviesen bien lucidos. El salvado es un alimento bastante más suave, elaborado con la cáscara de los cereales. El empacho junto al esfuerzo y el agobio al que fueron expuestos los cerdos fue la causa de su muerte.

XX

Un día el abuelo comenzó a toser, con una tos profunda y continua, había cogido la tosferina. Por la noche le subió la fiebre hasta casi 40 grados. Al día siguiente no se levantó de la cama. Me pareció ver a los padres preocupados por su salud. A eso de las seis de la mañana el hermano mayor salió a pie a avisar al médico, y aunque ninguno de los hermanos nos enteramos, pues para cuando se levantaron para ir a la escuela ya estaba de vuelta, algo extraño nos pareció percibir. Mis hermanos se despertaron y se vistieron casi sin meter ruido, tanto que yo no me desperté hasta que ya estaban todos desayunando en la cocina. Nada más salir al pasillo mi madre me dio un beso y me ordenó volver de nuevo a la cama, pues todavía era muy temprano.

Unas horas más tarde, cuando ya los rayos del sol iluminaban el pasillo, me pareció oír las voces de la madre de Pedro y de otras mujeres del pueblo. Allí estaban en la cocina tomando un tazón de café con leche, y charlando amigablemente. Desde la cocina se oía la respiración fuerte del abuelo. Después de desayunar, me acerqué a su habitación, le agarré la mano, y le di dos besos. Tenía los ojos relucientes, me echó una sonrisa y cerró los ojos por un instante.

De dos saltos me encontré en la calle. Oí los chillos de mi madre. Sin entenderle ni una sola palabra de lo que me decía, le contesté. Sí, sí mamá luego haré todo, a la hora de comer lo haré. A la velocidad del relámpago estaba ya con los amigos, me preguntaron por el abuelo. No te preocupes, ya verás cómo se cura, me comentaron. Serían las once de la mañana cuando vimos subir por la carretera del carbón la vespa del médico.

Hoy el abuelo ha dormido muy bien, oí a mi madre decirle a mi padre. Parece que evolucionaba bien. Estaba mucho más tranquilo y casi no tosía. Cuando me acerqué a la habitación estaba tumbado boca arriba, escabullido entre las sábanas y mantas bien alisadas y en orden. Me acerqué y le di dos besos, ni se inmutó, ni tampoco me devolvió la sonrisa de otros días.

21

Tendría unos 8 años cuando salí por primera vez del pueblo. Subí a Elorrio para una semana, allí vivían tres tíos carnales, Cesáreo, María y Rufina. Me quedé en casa del tío Cesáreo, casado con María Zarranz, nacida en el pueblo navarro de Abárzuza.

Los tíos vivían a renta en una casa solariega de la calle Berrio Otxoa, un gran portalón y unas ventanas con rejas daban acceso a la entrada, unas escaleras anchas y majestuosas accedían a la vivienda. La fachada de piedras de sillería hacía todavía más señorial la casa. Una huerta amurallada de grandes dimensiones cercaba la casa por la parte de atrás, a la cual se accedía por la puerta del salón y otra puerta pequeña de la calle de arriba.

Viví la semana como en un cuento de hadas. De casa en casa, me subí por primera vez en unas barracas y me monté en los autos de choque. Varios hijos e hijas de mis primos tenían la misma edad que yo. Todo era tan nuevo como extraño, suelos de madera reluciente, paredes blancas con cuadros, olor dulce y suave. La noche era todavía más sorprendente, cama bien mullida, con colchón duro, pero muy cómodo, sábanas limpias, recién lavadas con suavizante y planchadas. Todo un lujo al que no estaba habituado. El silencio se rompía de vez en cuando por el paso de algún coche, que parecía que atravesaba la misma habitación. Pero no todo fue tan idílico. Acostumbrado a hacer las necesidades en la cuadra o en el monte no fue sencillo ir al servicio, una habitación blanca, reluciente y fría, un maizal cercano acabó con mis preocupaciones y el de la familia.

A las 12 del mediodía unas fuertes sirenas aturdían las calles solitarias, eran las bocinas de las fábricas, anunciaban que los obreros salían para comer. Las calles se llenaban de repente de personas, pocos eran los que se paraban. La tía María y yo esperábamos con la mesa puesta a que el tío y la prima, unos 30 años mayor que yo, llegasen a comer. El tío era de muy pocas palabras, pero lo que decía era sensato y a su manera me parecía simpático.

Hoy día 55 años después todavía la prima Asún vive en esa casa, ya como propietaria.

Semana inolvidable de casa en casa, pues tenía tres tíos carnales y varios primos carnales ya casados. Por aquella época vivían más nazarenos en Elorrio que en el propio Nazar. Pues muchas fueron las familias que habían dejado las tierras para ir a las fábricas de Elorrio. Semana de halagos, y hallazgos desconocidos, el paisaje, las calles, las casas, los coches, los monumentos, las fuentes… los campos verdes de maizales, manzanos, el cariño de los familiares…

Me llamó la atención que todas las mañanas viniese una casera con un burro repartiendo la leche de casa en casa. Yo era el encargado de bajar al portal con la lechera.

22

Esperábamos la llegada de los veraneantes con ansia, mucho aprendieron de nosotros, pero mucho nos enseñaron ellos también. Dos mundos muy diferentes el rural y el urbano se mezclaban los veranos.

A casa Landa, a casa de Aniceta y Felisa llegaban casi todas las vacaciones Gloria y Sixto con sus hijos, muchos (seis o siete). De nuestra edad era Mari Carmen, y la que más asiduamente venía, un invierno hasta comenzó la escuela con nosotros, estuvo hasta pasar las Navidades. Ella me dio el primer beso, y con ella jugué a médicos y enfermeras en el patio y en los pajares de su casa. No tendríamos todavía ni 7 años.

Juegos inocentes, que con el devenir de los años, me dieron grandes quebraderos de cabeza, pero eso ya lo contaré en el momento oportuno.

Para entonces ya vivíamos en el barrio de abajo, no hacía mucho que nos habíamos trasladado. Mis padres tuvieron problemas con una vecina, Engracia, apodada la pinta, pariente lejana que se había casado a Zirauki y había enviudado joven, los problemas llegaron por un medianil en malas condiciones de unos pajares de su propiedad, por lo que nos vimos obligados a trasladarnos hasta que se resolviese el asunto que estaba en los juzgados. Nuestro padre creía que sería para una corta temporada, pero en la casa del barrio de abajo pasamos los siguientes 15 años sin que se arreglase el asunto del medianil.

Al final el alcalde hizo de mediador y todo se solventó con una reunión formal entre Engracia, el alcalde y yo. Nos juntamos en Zirauki, que es donde vivía Engracia. Llegamos fácilmente a un acuerdo, ella daba el permiso para reforzar el medianil, los gastos a nuestra cuenta, solventado el problema, y tras hacer una gran reforma en la casa volvimos de nuevo al barrio de arriba con nuestros viejos vecinos.

Curiosidades de la vida a los pocos años Engracia también se trasladó a Nazar, con lo que la tuvimos de vecina durante muchos años, hasta que falleció, nunca existieron más fricciones.

23

Ese día salí de casa como una exhalación, bajé las escaleras de dos en dos o de tres en tres, antes que a mi madre le diese tiempo a mandarme algún recado, o por lo menos para que yo no lo pudiese oír. No nos podían ver sin hacer nada. Los niños valíamos para todo.

Salí en busca de los chavales y las chavalas, pues ese día habíamos quedado para ir a buscar gardachos, en otros lugares denominados lagartos, cuando Crescencio, un hombre mayor, serio y de una gran religiosidad, al igual que todos los de la casa Delegardon. Hombre pausado, de muy buenas formas y palabras, me preguntó por algo que no recuerdo en este momento ni la pregunta, ni el tema; tanta prisa tenía por reunirme con los amigos que cuando me preguntó alguna otra cosa, desde lejos le respondí algo así como “a joder preguntadores”. Algo insólito, un mocoso faltando el respeto a un mayor ¡a quién y al señor Crescencio¡ Algo inaceptable en aquella sociedad rural en la que los niños debíamos obedecer sin rechistar a lo que nos ordenaban los mayores.

Estuve con los amigos hasta la hora de comer, no vimos ni un solo gardacho. Pasé la mañana preocupado, tenía algo en el estómago que no sé cómo describirlo. Sabiendo que no había hecho bien y que la reprimenda sería brutal, llegué a casa a comer algo antes de lo normal, esperaba que de un momento a otro Crescencio llamase a la puerta. Sabía que en casa no iba a tener apoyo alguno, ni de mis hermanos, y mucho menos de mis padres. A la tarde no me atreví a salir a la calle, los días siguientes hice todo lo posible por ir al campo con mis hermanos.

Crescencio tuvo mucho más sentido común del que yo suponía, que aunque bien me cuidé de no coincidir con él en las siguientes semanas, la siguiente vez que lo vi, hizo como si nunca hubiese ocurrido nada. Lo cual me hizo reflexionar hondamente.

XXIV

Aquel día, 6 de mayo, nos pasamos la tarde en la chabola. Al llegar a casa nos encontramos en el portal a nuestra madre. Algo había sucedido, ya que tenía muy mala cara y estaba medio llorando. El abuelo había fallecido un rato antes. A los hermanos pequeños no nos dejaron entrar a verlo, los mayores pasaron a la habitación, y a la salida comentaron que estaba igual que siempre, con chapela y la cara resplandeciente. O algo así creo recordar.

Pasados unos meses, el día después de Santa Lucia, José Mari nos comentó que había oído en su casa que muy pronto iban a hacer las maletas y que se iban a trasladar a la ciudad. Esa misma tarde, sin perder tiempo, le pregunté a mi madre, si era verdad que la familia de José Mari también se iban. Y mi madre me lo confirmó. Se iban para Pamplona. El año que viene, pasadas las navidades han decidido irse a la ciudad, me dijo sin darle excesiva importancia.

¿Pero qué van a hacer con el abuelo y el tío soltero mayor que viven con ellos?

Se van a ir con ellos. Ya lo tienen todo decidido y pensado.  
¿Mamá, nosotros también nos iremos, verdad?

No te preocupes. Por lo menos estaremos aquí hasta que viva la abuela. Eso es lo que dice tu padre, y así se hará, ya sabes cómo es tu padre.

Me pareció que mi madre ponía como excusa al padre, pero que ella tampoco tenía ninguna gana de comenzar una nueva vida lejos de estas tierras. Tranquilo hijo, a tu padre le costará mucho decidirse a dejar todo esto. Le va a costar mucho más de lo que parece abandonar el pueblo y las tierras. No lo veo lejos de los animales y el monte. ¿No os distéis cuenta que cuando se fue la familia de Tere no fue capaz ni despedirse de su mejor amigo?. Tu padre seguirá el camino de su padre, y morirá aquí.

Llegó el momento de comenzar la escuela, de hacer la Comunión, un rollo, aprenderse de memoria rezos y oraciones. Siguió la vida como de costumbre, no se habló más de irse a la ciudad en varios años.

XXV

Por aquellos días, la abuela estaba más alterada que de costumbre, desde que se puso la electricidad en el granero, subía continuamente a dejar comida y a charlar con su hijo que solo existía en su mente. A veces yo le seguía agazapado detrás de ella, medio escondido para escuchar sus conversaciones. Manuel, sal que no hay nadie en casa, es de noche, en la calle tampoco anda nadie, y la puerta de la calle está bien cerrada, decía en voz baja para que nadie le escuchase. Come este jamón y bebe un trago de vino. Sal tranquilo, y siéntate un rato a mi lado. ¡Pero qué delgado estás!, toma come y bebe un poco.

Me faltó el tiempo para preguntar a mi madre a ver quién era el tal Manuel. Me dijo que así se llamaba el hermano menor de mi padre, que había sido asesinado en la guerra civil.  
¿Dónde lo mataron?

Es mejor no revolver esos asuntos. Me dijo seriamente. Un día, te enterarás de todo. Pero todavía eres un niño. ¿Te han dicho algo tus amigos?

No, no. Esta tarde le he oído a la abuela en el granero, llamar una y otra vez a Manuel.

Pobre abuela.

Al día siguiente intenté sonsacarle algo a la abuela. Imposible. ¿Abuela, donde está Manuel?

¿Manuel?, ¿Qué Manuel?

Manuel, Manuel repitió, moviéndose de un lugar para otro, repitiendo una y otra vez las mismas frases de siempre sin sentido aparente alguno, sin callar ni un solo momento, era capaz de hablar y hablar durante horas y horas cosas incongruentes y sin relación alguna.

26

Por aquellos años a casa se acercaban los veraneantes a comprar la leche recién ordeñada de las vacas. Teníamos dos vacas que las empleábamos en las labores del campo y en verano daban abundante leche. No conocí los dos bueyes que tanto oí hablar a mis padres y hermanos.

No era casualidad que a la hora que creía que bajaría Yoli con su madre o su abuela Leona a por la leche estuviese yo por la casa revoloteando. Nuestras madres bien que lo notaron, pues era la única hora que se me veía el pelo, hasta el punto que un día la madre de Yolanda me preguntó con una risa delatadora, a ver si no salía de casa en todo el día. ¡Bien sabía ella que justo aparecía para comer y cenar¡ Me puse rojo como un tomate, especialmente cuando Yoli fijó su mirada en mí. Pero a pesar del pequeño bochorno fue raro el día que no estaba sobre esa hora por los alrededores.

También Yoli era al único lugar que acompañaba a su madre, pero de eso no me di cuenta hasta que habían pasado unos años. La inocencia en estos temas de los chicos y chicas del pueblo era notoria comparada con los veraneantes. Mucho aprendimos de ellos, pero eso también lo dejaremos para años posteriores.

XXVII

Con el paso del tiempo, me enteré quién era et tío Manuel. Su esquela se guardaba con los papeles importantes de la casa. Debajo del colchón de la cama de nuestros padres. Pocas muy pocas veces se consultaban los papeles que se guardaban en una especie de cartera de cuero negro. Era mi padre el encargado de hacerlo, hombre de campo, rudo, poco acostumbrado a andar con papeles y escrituras. Mi madre difícilmente podía hacerlo pues no sabía leer. Se repetían siempre las mismas acciones, mandaba a mi madre traerle aquella especie de cartera negra sin brillo con cerradura dorada, se sentaba en una silla e iba sacando lo que contenía la cartera encima de la mesa, despacio, uno por uno. Se detenía en casi todos, conforme los desechaba los iba dejando en el mismo orden que estaban en un montón. Entre aquellos papeles desde pequeño siempre me había llamado la atención un cartón cada vez más amarillento. Se trataba de la esquela del tío Manuel.

Mi madre no es de muchas palabras, le pregunté por Manuel, lo que me dijo en aquella ocasión me lo había repetido tantas veces como había salido la conversación. Según mi madre, mi tío fue un mozo apuesto e inteligente. “Las guerras no traen nada bueno” dice que comentaba por el pueblo. Una vez comenzada la guerra vinieron a por él con un coche negro, se lo llevaron y no supimos nada más de él.

Ni a los abuelos, ni a los padres, ni a los tíos oí otros comentarios sobre el tío Manuel. Hasta hace muy pocos años no había visto ninguna fotografía en que apareciese el tío. Si no hubiese sido por la esquela ni estos escasos detalles me hubiesen llegado. Eso sí, la esquela, especialmente para mi padre supone seguir manteniendo vivo el recuerdo de su hermano, es el único recuerdo, el único detalle que ha perdurado en nuestra casa de aquel tío elegante e inteligente.  
Todo lo ocurrido durante la guerra civil se ha mantenido en secreto, mi familia no ha sido especial, mi pueblo no ha sido especial; pero la realidad es que cada familia ha mantenido su secreto, el pueblo ha omitido todo lo ocurrido durante aquellos años turbulentos. Los secretos de cada familia han quedado en las fotografías, en la mayoría de las casas guardadas en las mesillas de los padres.

Intenté en vano que mi padre -hombre dado a contar historias, buen narrador- me desvelase los secretos familiares y del resto de las familias. No conseguí más que alguna referencia a las historias de contrabando, cómo se veían obligados a guardar la cosecha de garbanzos en la gavillera para que no fuese confiscada, o alguna que otra historia de maquis, o del estraperlo. Pero nada de nada de lo que ocurrió en el pueblo, nada de nada de lo que ocurrió en el resto de las familias.

Con el paso de los años me di cuenta la causa del silencio de mi padre y del resto de los vecinos. La decepción, el miedo y especialmente el terror se apoderó de muchas familias que habían puesto su esperanza y algo más en las ideas republicanas. Y la sensación de haber perdido más que ganado se apoderó también de las familias que se inclinaron por el bando nacional. Todos se sintieron decepcionados y en cierto modo perjudicados.

Los secretos familiares de la guerra, de estos años no han querido ser recordados, no han querido ser desvelados. Han quedado en una esquela, a lo sumo en una fotografía que se ha guardado con mucho cariño junto a los papeles importantes. O en las lápidas de los soldados del tercio nacional que traían a enterrar al cementerio.   
Olvidados todos, lo de menos fue la ideología (izquierdas, derechas) de todas las clases sociales (ricos y pobres). Olvidados aquellos que murieron defendiendo las ideas revolucionarias, pero también aquellos que murieron en el bando nacional.

28

En esta sociedad rural de la década de 1960 era difícil sentirse solo, porque en ningún momento estabas solo. No tiene nada que ver con hoy día, en que cada cual busca la tranquilidad y el sosiego en los pueblos. Por aquellos años todo se hacía en cuadrilla, aparte de que las calles estaban llenas de vecinos y animales. Aunque no teníamos mucho donde elegir a la hora de entretenernos, cualquier actividad la dábamos por buena.

La búsqueda de nidos en verano era una de los mejores entretenimientos. Los agujeros de las tapias y las tejas de los pajares era uno de los lugares preferidos de los gorriones para hacer sus nidos. No era sencillo, pues había que trepar por las paredes en busca del nido. No convenía hacer excesivas visitas, pues siempre existía la posibilidad de que los aborreciesen, especialmente si estaban en huevos. Pero una vez detectado el nido casi se nos hacía imposible no ir todos los días a ver su evolución. Había una leyenda que la cumplíamos a rajatabla, nunca podíamos enseñar los dientes cuando mirábamos al nido, pues estábamos en la creencia de que los padres aborrecerían a las crías y no volverían más dejándolas abandonadas. Todavía creo que algo de verdad existirá.

Una vez escalada la pared nos encontrábamos con estas posibilidades, o el nido estaba en zaborra, lo único que encontrábamos era el nido sucio y vacío, las crías habían volado recientemente. Si estaban recién nacidas estaban en culitatis, y cuando ya estaban para echar a volar en cañón.

Perseguir a las crías recién echadas a volar era otro de nuestras distracciones preferidas, hasta que de puro cansancio no podían seguir volando y es cuando las atrapábamos no sin gran dificultad, el trabajo era en equipo. Cada uno estábamos colocados en lugares estratégicos y cuando uno se cansaba seguía el otro, aunque la mayor parte de las veces los pajarillos agotados caían bajo las garras de algún gato que merodeaba por los alrededores y se beneficiaba de nuestras argucias.

XXIX

En la segunda mitad de febrero, recién cumplidos los ocho años, llegó el inspector a la escuela. Resurre, la maestra estaba nerviosa, rondaría ya los 68 años, y aunque a pesar de que llevaba de maestra del pueblo más de cuarenta, se le veía muy intranquila. Las dos semanas anteriores nos trató con una paciencia, y hasta con un cierto cariño que no era habitual. También nosotros no nos comportamos como de costumbre, sino que había un silencio y una seriedad que tampoco era normal. Un martes a las 10 de la mañana se presentó un hombre alto, con bigote y gafas de unos 55 años, lo que más nos llamó la atención fue su bigote, el sombrero, y el maletín negro que llevaba en la mano.

Estuvo unas dos horas en la escuela, nos hizo unas cuantas preguntas, y como vino se fue. El caso es que este año fue el último que dio clase Resurrección, no le dejaron continuar al año siguiente, Pedro, un vecino del pueblo que tenía tres hijos de 6, 5 y 3 años se quejó de la poca dedicación y empeño que ponía en la enseñanza; al finalizar el curso el alcalde le notificó su sustitución.

El año siguiente fue muy importante llegó una maestra joven, creo que se apellidaba Biurrun, de Pamplona, una maestra con ganas de enseñar y con nuevas ideas. Fue un cambio radical para todo el pueblo. También este año, ya cuando estábamos para acabar el curso llegó una familia para quedarse, Marcelino que al igual que muchos del pueblo se había ido a trabajar a una fábrica a Elorrio, se casó con Pili, que había enviudado unos años antes, y que tenía dos hijos del anterior matrimonio, Valentina y Felipe. Inesperadamente Marcelino dejó la fábrica, y se vinieron los cuatro para el pueblo. De repente dos niños más, dos nuevos amigos, se integraron inmediatamente. Teniendo en cuenta que hasta ese momento no estábamos más que nueve chicos y chicas, que viniesen dos nuevos compañeros fue todo un acontecimiento. Todos lo agradecimos.

En mayo de ese mismo año, se pasó por la escuela un cura escolapio de Estella, el padre Julián Lara. Llegó con un automóvil Citroen dos caballos gris. Un cura alto, delgado, de piel blanca, de manos largas y poco trabajadas, con una nariz puntiaguda, y de un hablar sosegado y suave. No tendría más de 35 años, aunque a mí me pareció que tendría por lo menos unos 60. Nos reunió a los tres niños de 8 hasta los 10 años, Félix, Alfredo y yo, nos tuvo más de dos horas contando las maravillas del colegio que tenía la Orden de las Escuelas Pías en Estella, nos entretuvo con anécdotas, y también mencionó la importancia de la cultura para salir del ambiente cerrado de los pueblos, y la importancia del sacerdocio en la sociedad. Nos entusiasmó todo lo oído. Luego pasamos uno por uno a hablar personalmente con él. Salimos con los bolsillos llenos de caramelos, y al despedirse nos regaló un balón rojo de plástico duro, de curtis, así lo llamábamos entonces.

30

Aquí acaba una primera etapa, hasta casi los 10 años, de 1956 a 1966, una etapa preciosa, llena de anécdotas y vivencias, etapa de inocencia y tranquilidad. A punto de cumplir los 10 años es cuando me fui interno, para cura al Colegio de los Escolapios de Estella. No coincidí en la escuela ni con Valen, ni Felipe, para cuando ellos entraron yo ya había tomado la determinación de ir de postulante al Colegio de Estella, en lo que actualmente es la Ikastola. Todavía circulaba el Vasco-Navarro.

Muchas son las anécdotas e historias que se han quedado en el tintero. Por ejemplo los pellizcos del cura y los golpes con la vara de mimbre de la maestra, hoy serían considerados malos tratos, el respeto a todo lo religioso, la llegada de la televisión y lo que nos suponía dejar la serie de Bonanza a medias para ir al rosario, cuando la mayoría de los mayores se quedaban sin ir al rosario viendo acabar la serie, cómo se vivían las Navidades y especialmente la Semana Santa, la novena y la hoguera de Loreto, las nevadas, la matanza y la cena que se hacía ese día, lo qué nos gustaba llevar el presente a las casas vecinas, las colectas y meriendas que hacíamos los niños por Santa Agueda, San Martín y Judas, la poca importancia que se le daba a la enseñanza, cualquier excusa era válida para no acudir a la escuela, recuerdo el día que llevaba la comida a mi padre y hermanos que estaban en una pieza en Montecillo y se me dio la vuelta la cesta con la cazuela de patatas con chorizo, ni corto ni perezoso las recogí más mal que bien con una cuchara y para adelante, ¡Claro qué se dieron cuenta¡, llegó casi sin caldo y con alguna que otra piedra, conversaciones con personas mayores, por ejemplo con Feli que cuando bajábamos mi madre y yo con un caldero de ropa para lavar en el pozo, no tenía mayor gusto que asomarse a la ventana y preguntarme dónde había desayunado. ¿Me decía qué has desayunado en un orinal? Y yo con no más de siete años me enfurecía y le gritaba no, no, no… en una cazuelilla que hemos comprado especialmente para mí.